

**MANUAL ELEMENTAL
DE GRAMÁTICA
HISTÓRICA ESPAÑOLA**

Published @ 2017 Trieste Publishing Pty Ltd

ISBN 9780649776313

Manual elemental de gramática histórica española by R. Menéndez Pidal

Except for use in any review, the reproduction or utilisation of this work in whole or in part in any form by any electronic, mechanical or other means, now known or hereafter invented, including xerography, photocopying and recording, or in any information storage or retrieval system, is forbidden without the permission of the publisher, Trieste Publishing Pty Ltd, PO Box 1576 Collingwood, Victoria 3066 Australia.

All rights reserved.

Edited by Trieste Publishing Pty Ltd.
Cover @ 2017

This book is sold subject to the condition that it shall not, by way of trade or otherwise, be lent, re-sold, hired out, or otherwise circulated without the publisher's prior consent in any form or binding or cover other than that in which it is published and without a similar condition including this condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.triestepublishing.com

R. MENÉNDEZ PIDAL

**MANUAL ELEMENTAL
DE GRAMÁTICA
HISTÓRICA ESPAÑOLA**

42773

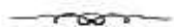
MANUAL ELEMENTAL

DE

GRAMÁTICA HISTÓRICA ESPAÑOLA

POR

R. MENÉNDEZ PIDAL



66178
24/8/05

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48, Preciados, 48

1904

CAPITULO PRIMERO

IDEA DE LOS ELEMENTOS QUE FORMAN LA LENGUA ESPAÑOLA

1. EL ESPAÑOL ENTRE LAS LENGUAS ROMANCES.
—Al desmembrarse el Imperio romano se siguió usando el latín en gran parte de él, sobre todo en el Imperio occidental, la mayoría de cuyas provincias continuaron hablando dicha lengua á pesar de las muchas invasiones de pueblos extraños que sufrieron, y podemos decir que aun hoy día siguen hablándolo, claro es que muy alterado y de diversa manera, en cada una de esas provincias.

Los varios estados de transformación á que en esas provincias llegó el latín hablado, se llaman «lenguas romances ó neolatinas,» y son éstas, enumeradas de Oriente á Occidente: el RUMANO, hablado en la antigua Dacia, ó sea en Rumania y parte de Rusia y Hungría, y al S. del Danubio en parte de Macedonia y Albania; el LADINO ó RETO-ROMANO, hablado en la antigua Retia, esto es, en parte de Suiza, Italia y Austria; el ITALIANO, hablado en Italia; el FRANCÉS y PROVENZAL, hablados en la antigua Galia, y el CATALÁN, CASTELLANO y GALLEGO-PORTUGUÉS, hablados en la antigua Hispania. El castellano, por servir de instrumento á una literatura más importante que la de las otras regiones

de España: por ser la lengua de un pueblo que realizó un plan histórico más vasto y expansivo, y en fin, por haber absorbido en sí otros dos romances principales hablados en la Península (el Leonés y el Navarro-Aragonés), recibe el nombre de LENGUA ESPAÑOLA por antonomasia. Se propagó á la América, viniendo á ser de las lenguas romances la que logró más difusión, pues la hablan como unos 60 millones de hombres, mientras el francés es hablado por 50 y el italiano por 30.

Todas estas lenguas son una continuación moderna del Latín; pero no del LATÍN LITERARIO, *escrito* por Cicerón, Horacio y los demás autores clásicos, que tenía mucho de convencional y artificioso, sino del LATÍN VULGAR, *hablado* al descuido, sin preocupación literaria, por los legionarios, colonos, magistrados y demás conquistadores que se establecían en las provincias ganadas, los cuales, gracias á su poderío político, á su talento administrativo y á su superior cultura, romanizaban rápidamente las razas sometidas y les hacían ir olvidando su idioma nativo, que no podía menos de resultar pobre é insuficiente para las complejas necesidades de la nueva vida que la colonización traía consigo. Además, aparte de la mayor perfección del latín, esta lengua se presentaba con otra superioridad respecto de los idiomas indígenas; eran éstos tantos y tan variados en un territorio como, por ejemplo, el de España, que la imposición de la unidad en el latín, aunque molestara cariños y vanidades patrióticas, resultaba cómoda y útil para el comercio y la cultura general. Felizmente los idiomas nacionales se olvidaron casi

del todo, de tal modo, que apenas en el Español se descubren restos cada vez más dudosos.

2. EL LATÍN VULGAR.—El fondo primitivo del idioma español, su elemento esencial, es únicamente el latín vulgar. Este no debe confundirse con el latín que se escribía en la decadencia del Imperio romano, ni menos con el *bajo latín* que se usaba en la Edad Media, pues estos dos, aunque difieran á veces mucho del latín de Cicerón ó de Virgilio, siempre están más próximos del latín clásico que del vulgar. El latín vulgar no se diferencia del clásico por la fecha, pues es tan antiguo, y más, que el latín literario; vivió siempre al lado de él, aunque no siempre igualmente divorciado.

Es cosa bastante difícil el estudio del latín vulgar, pues nunca se escribió deliberadamente: el cantero más rudo, al grabar un letrero, se proponía escribir la lengua clásica; sólo en los escritos menos literarios, como inscripciones ó diplomas, se escapan, gracias á la incultura del escribiente, algunas formas vulgares. Pero fuera de estos escasos restos, la ciencia se tiene que valer principalmente para su conocimiento de la restitución hipotética de las formas vulgares, en vista de la comparación de los idiomas neolatinos, pues claro es que un fenómeno que se encuentra á la vez en todos ó en muchos de esos idiomas, provendrá del latín hablado comunmente antes de la completa disgregación dialectal del Imperio romano; si en vez del clásico *acuere*, hallamos en español *aguzar*, en portugués *aguçar*, en provenzal *agusar*, en francés *aiguiser*, en italiano *aguzzare*, etc., podemos asegurar con toda lógica que en

el latín vulgar hablado en todos estos países se decía *acutiare, derivado de acutus, participio del clásico acuere (1). Por igual razonamiento se llega á concluir que la ē latina acentuada se pronunciaba con sonido abierto (v. adelante § 8) que produjo el diptongo ie (v. § 10) en el latín vulgar de una extensa zona del territorio romanizado; porque en vez del clásico fērus, se dice en español é italiano *fiero*, en provenzal y francés *fier*, en rumano *fiara*, etcétera, y en vez del clásico pēdem, se dice en italiano *piede*, en francés *piéd*, en español y reto-romano *pie*, etc. En casi todas las lenguas romances hallamos ille, sirviendo de artículo, como en español *el padre*, italiano *il padre*, francés *le père*, etc.; bien podemos asegurar que tal artículo era de uso común en el latín vulgar antes de la disgregación del Imperio. Este latín vulgar se distinguía principalmente en la tendencia á expresar por perífrasis lo que en latín clásico se expresaba por una síntesis gramatical; el artículo y las preposiciones sustituían á la declinación clásica de diversas terminaciones, y en vez del genitivo plural sintético *cervorum*, decía el vulgar: *de illos cervos*; el comparativo sintético, v. g., *grandiores*, se perdió también y se substituyó por la perífrasis *magis grandes*; la terminación pasiva, v. g., *amabantur*, se olvidó

(1) Estas formas como *acutiare, que la ciencia induce de la comparación, y que, por muy seguras que sean, siempre son hipotéticas, se suelen marcar con asterisco, y así se hará en el resto de este Manual. También se marcarán con asterisco las formas hipotéticas del español que se suponga que existieron.

para expresar la idea pasiva con el rodeo *erant amatos*, etc., etc.

Al lado de estos fenómenos generales del latín vulgar, cada región tenía sus particularidades idiomáticas: así, mientras todos los romances conocían el clásico *cāva* (italiano y reto-romano *cava*, provenzal *caus*, etc.), en España se usaba el dialectalismo * *cōva*, de donde el portugués *cova* y el español *cueva* (v. § 13); mientras todos los romances conocían el clásico *nōdus* (italiano *nodo*, rumano *nod*, provenzal *notz*, etc.), en nuestra Península se decía *nūdus*, acaso siguiendo la pronunciación de oscos y sabinos, por lo cual el español dice *nudo* y el catalán *nu*. Estas diferencias eran sin duda escasas en la pronunciación y en la sintaxis, salvo en el vocabulario; como vemos que hoy pasa en diversas provincias de España, que más que por la pronunciación ó la construcción se diferencian entre sí por el uso preferente de tales ó cuales vocablos y acepciones; los vocablos de uso preferente en el latín vulgar español son los que forman el vocabulario especial que distingue nuestra lengua de las hermanas neolatinas. Por ejemplo: Plinio menciona una palabra usada especialmente en España, donde, según él, á las paredes las llamaban *formaceos*, y esta voz se conserva todavía en la Península y no en otros países neolatinos, llamándose en español moderno *hormazo* á la pared de piedra seca.

Cuando el Imperio romano se desmembró constituyéndose las naciones bárbaras, cesaron las relaciones íntimas entre las antiguas provincias, ahora ocupadas por suevos, visigodos, francos, borgoño-

nes, ostrogodos, etc.; con esto, las diferencias regionales, en un principio escasas, se aumentaron considerablemente y cada vez divergió más el latín vulgar hablado en España del hablado en Francia ó en Italia; pero como esta divergencia se fué acentuando por lenta evolución, no hay un momento preciso en que se pueda decir que nacieron los idiomas modernos.

Los hispano-romanos bajo el dominio visigodo continuaron hablando latín, y aun por efecto de su mayor ilustración impusieron su lengua á los conquistadores.

Difícil es también llegar á conocer el habla usual en la época visigótica, pues tampoco nos quedan monumentos escritos en este lenguaje corriente; entonces no se escribía sino el bajo latín, última degeneración del latín clásico, y cosa muy distinta del latín entonces hablado. Sólo en este bajo latín hay algunos rastros del habla familiar, y los eruditos de entonces no dejaron de apuntar algunos términos vulgares. San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, nos da bastantes noticias del vocabulario español de la más antigua Edad Media; él, por ejemplo, nos da á conocer el nombre de la lechuga silvestre, de hoja dentada, en forma de sierra, llamada *serralia*, de donde deriva el español *cerreja* y el portugués *serralha*; ó el nombre del establo de bueyes, *bostar*, que nosotros decimos hoy igualmente *bostar* y los portugueses *bostal*, así como otros términos usados después sólo en nuestra Península y no en los otros países latinos.

Dada la escasez de estos testimonios escritos, se